

AGRICULTOR

El Faraón de El Purial

Félix Álvarez Jiménez, laborioso, modesto, es una de las mayores cátedras de sapiencia en los secretos de la tierra y crianza de animales en su natal Cabaiguán y en el país

Texto y fotos: RICARDO R. GÓMEZ RODRÍGUEZ

RESPIRA hondo, tomando aire y las botas se adentran en tierras conocidas por él de memoria. Esa mañana Félix Álvarez Jiménez seguía con la mirada a una máquina gigante que hace el trabajo de una decena de hombres.

Al timón y encima del esqueleto de hierro parecido a una araña, iban Alberto y Liodis. Realizaban dos cosas a la vez: inyectaban fertilizantes al suelo y sembraban maíz.

Muy pocos vestigios quedaban de las matas de frijoles cosechadas en ese mismo lugar el día anterior, en una jornada extendida hasta pasadas las 10 de la noche. Las tierras de Félix nunca descansan. Paren y paren, mientras haya manos callosas con deseos de acariciar los frutos. Frente a la guardarraya, otra frijolera venía creciendo.

“Yo nací aquí mismo en El Purial, en esta zona de Punta de Diamante y nunca se me ha ocurrido inventar más nada. Soy campesino y si vuelvo a nacer, seguro me verán aquí”, dice con esa figura de líder, de padre de muchos, de maestro, a quien quizás no le caben más medallas en el pecho, aunque las mayores de todas son las del honor, constancia y el ejemplo. El último galardón recibido fue la Orden 17 de Mayo, otorgada por el Consejo de Estado, a propuesta del Buró Nacional de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP).

Caminar lo hecho

Para hablar con Álvarez Jiménez, debes hacerlo mientras recorres sus plantíos. Le gusta caminar lo hecho. Es una de esas personas inclinadas a la perfección, con amplia cultura agropecuaria; sin embargo, estuvo poco tiempo detrás de un pupitre, obligado por las circunstancias.

Sigues sus zancadas amplias y constantes, pese a los 77 años.

“Mi papá casi no tenía tierras. Nosotros nos las vimos fea. Eran siete hembras. Yo era el más chiquito y el único varón. Cuando nací mi hermana mayor tenía 14 años”.



“Quien no cuida el suelo, no es campesino”, dice Álvarez Jiménez.

Es indiscutible su liderazgo, el poder de resolución, similar al de aquellos monarcas semidivinos del antiguo Egipto, quienes para sus contemporáneos jamás fueron humanos comunes.

“Poco a poco, por mis resultados, me dieron más áreas. Hoy debo tener aquí unas tres caballerías y media; por allá abajo seis más. Hubo momentos en que reuní más de 300 reses”, recuerda y entonces la memoria se le queda algo perdida, porque –quien lo conoce bien– sabe que hablar de ganado le trae recuerdos tristes.

Cuidar la tierra

Salimos de uno de los campos y pasamos por ligeras cunetas. “Mira, estas zanjas las hice porque desde allá arriba, cuando llueve a cántaros, baja una corriente de agua y la única forma de darle salida fue desviándola... quien no cuida el suelo, no es campesino”.

Se agacha, abre unas cajetas de frijoles... “fíjate tienen ocho granos y mira el brillo que tienen”. Acaricia las alubias, como quien lisonjea una piedra preciosa.

“A esta variedad aquí le decimos Cajetiblanco. La semilla me la trajo un científico. Me dijo que era la mejor entre 300 especies estudiadas... ¡Oiga... y eso sí fue verdad, nunca me ha traicionado!”.

Exhala otro profundo suspiro, compadeciéndose de la frase que venía: “¡Como dan comida las tierras de Cuba y que estemos pasando trabajo con eso!”.

-¿Y por aquí jamás llegan los ciclones, ni hay problemas con el petróleo, los pesticidas o los fertilizantes?

-Mi generación creció con la conciencia del trabajo. Para tener resultados es importante sentir por lo que haces, con sentido de pertenencia. Ahora son otros tiempos.

“Todo el mundo quiere disfrutar de lo bueno, pero para eso, primero hay que enfrentarse a lo malo.

“Te pongo un ejemplo, esta temporada no llovió. Las presas quedaron secas, secas. Decidí ‘jugármela’. Sembré esos frijoles con un poquito de humedad y mirando pa’ el cielo. Desde allá arriba las nubes me tiraron un solo aguacero... y ahí está lograda la cosecha. Ese es colorao.

“Cuando me vi muy apretado abrí aquellos huecos y busqué profundos manantiales. Con eso regué todo esto. Ahora la tierra está seca, pero las espigas despuntaron.

“Por allá tengo yuca, por acá plátanos. Hay años en los que he entregado al Estado más de 8 000 quintales de viandas, frutas y hortalizas”.

Laboratorio bajo el cielo

Cruzamos la cerca. Entramos en unos platanales, donde los racimos parecían haberse logrado en un laboratorio. Competían unos con otros en tamaño. Eran largos, robustos. Los tallos crecían el doble o el triple de lo acostumbrado.

“El plátano lo siembro escalonadamente para cosecharlo todo el año. Por eso lo ves chiquitos, medianos y más grandes, en dependencia del área”, explica.

Algunos campos tenían las plantas intercaladas con frijoles. Eso lo hacen tratando de aprovechar al máximo el terreno, si bien hay quienes aducen la posibilidad de aportar más nutrientes al área.

“Nadie se lo imagina, pero esta frijolera lo único que tiene es Nerea. Antes, la gente no la quería y mira ahora los resultados”.

Supimos que es un producto compuesto por zeolita enriquecida. Resultado científico de la Universidad de La Habana y otras instituciones. Fertilizante revolucionario, capaz de optimizar la nutrición de los cultivos.

Es imposible hacer las cosas tan al revés

Félix habla de los platanales: “Esa es una variedad nueva. Le llamamos Pisan Lilan, pero también le decimos PL. Además, tengo el Fhia 04, del tipo macho”.

“La distancia entre las cepas es fundamental cuando plantas. Si acortas el tramo, los talluelos grandes se tragan al del medio, le quitan el sol, por eso no crecen.

“Luego de sacar la cosecha, antes de echarle otra vez fertilizantes, es bueno ponerle materia orgánica a la tierra. No te quiero decir que obtengas un cultivo muy bueno solo con eso, pero el suelo responde y mejora”.

El Faraón de El Purial diseña estrategias, como organizando contiendas bélicas ante una batalla perpetua: la vida. Se cruza de brazos, comenta: “Recuerdo que hace años venía un ingeniero a revisar las áreas, antes de la campaña de tabaco. Él



Una máquina en forma de araña fertiliza y siembra a la vez.



“Lo único que no tiene remedio en la vida, es la muerte” ... y pica un racimo con dos piedras, a falta de machete.

decía: ‘este fertilizante es pa’ aquí y aquel pa’ ese sitio’. Ahora echamos el que aparezca.

“Hablando de la zafra cañera y sus problemas: ¿qué hacían los colonos décadas atrás?; molían el 60 por ciento del tubérculo; el 40 lo consideraban caña quedada. A esa solo le limpiaban la guardarraya, crecía, fortalecía la cepa, le dejaban la paja para evitar malas yerbas. Por allí iniciaban los cortes en la siguiente campaña.

“¿Darle candela a un cañaveral?... eso es imperdonable, pues matas el abono natural y luego ¿qué come la planta? Devolverle la vida a un terreno cuesta y a un muerto no lo quiere nadie. Es imposible hacer las cosas tan al revés”, sentencia el hombre.

El guajiro mayor

Pasamos frente al letrero que identifica a la Cooperativa de Créditos y Servicios Niceto Pérez, de Cabaiguán, en la provincia de Sancti Spiritus. Hace tres décadas eran mínimas las casas visibles en la zona. Hoy hay un poblado.

Hasta hace poco había una escuela en el case-río. La cerraron. Ahora los niños deben ir en quitri-nes, o a pie, hasta después de Punta de Diamante. Lo más peligroso es atravesar la carretera central.

“Si sacas a los muchachos de la zona, ya de ahí casi nunca logras un campesino”, arremete nuevamente con razonamientos irrefutables.

Llegamos a la vivienda de Félix Álvarez. Si esperabas ver una sala con asientos amplios y otras ostentaciones, te equivocas. Parece otra zona de trabajo, un cuartel, una trinchera blindada para la vida austera y la obra. Olga, la esposa, está al frente de la retaguardia.

Dice Félix: “Si tú te encuentras una casita con dos viejitos solos en cualquier rincón, allí jamás habrá cosechas. Debes tener el domicilio con muchos labriegos sentados a la mesa almorzando, o con los platos de comida en la mano, a tu alrededor.

“Esto lo tenía lleno de 400 gallinas, pero hace poco las cogió ‘un mal’, me quedaron pocas”, acota.

Se paró del taburete y me llevó a conocer un cerdo de dos metros de largo y metro y medio de alto. “Fíjate, aún está sin colmillos, es un lechón. Lo quiero de padre. Se lo puse cerca a la puerca para que enamoren. Mañana o pasado se lo suelto y queda preñá’ enseguida”. La misma marrana hace poco tuvo nueve crías.

—¿Entonces Félix es el mayor productor de esta CCS?, pregunto a Lester Pino Orozco, joven líder campesino de Cabaiguán.

—No solo de aquí, del municipio; es mucho más, lo consideramos el agricultor insignia de la provincia, porque ha enseñado y le ha dado semillas a todo el mundo.

Si haces las cosas bien, los hombres te siguen

En las caminatas, recordamos que hace muchos años se promovió el Movimiento de los 1 000 quintales, el cual reunió a la avanzada de la provincia. Habría que ver si quedan algunos de aquellos agricultores, quizás estemos hablando con el decano de todos.

“Tengo trabajadores excepcionales. Llevan toda una vida conmigo. Terminamos tarde en la noche y van a echarle comida a los animales, antes de irse. El aporte de ellos es fundamental; las tierras nunca esperan y nosotros no las dejamos descansar ni un día.

“Si haces las cosas bien, los hombres te siguen. No se trata de mandar tú, sino de que ellos quieran que tú seas quien mande.

“Les digo: vamos a hacer tal cosa y responden: nosotros necesitamos que vayas y digas cómo tú lo quieres. Eso es porque confían en la guía, en la administración. Pero es importante darle buena atención. Si alguien faltó por estar enfermo; lo dices, ¡aquí tienes tu salario! y lo ayudas con los alimentos. Son reglas de vida. Donde no haya organización, nunca vayas a buscar nada”, precisa.